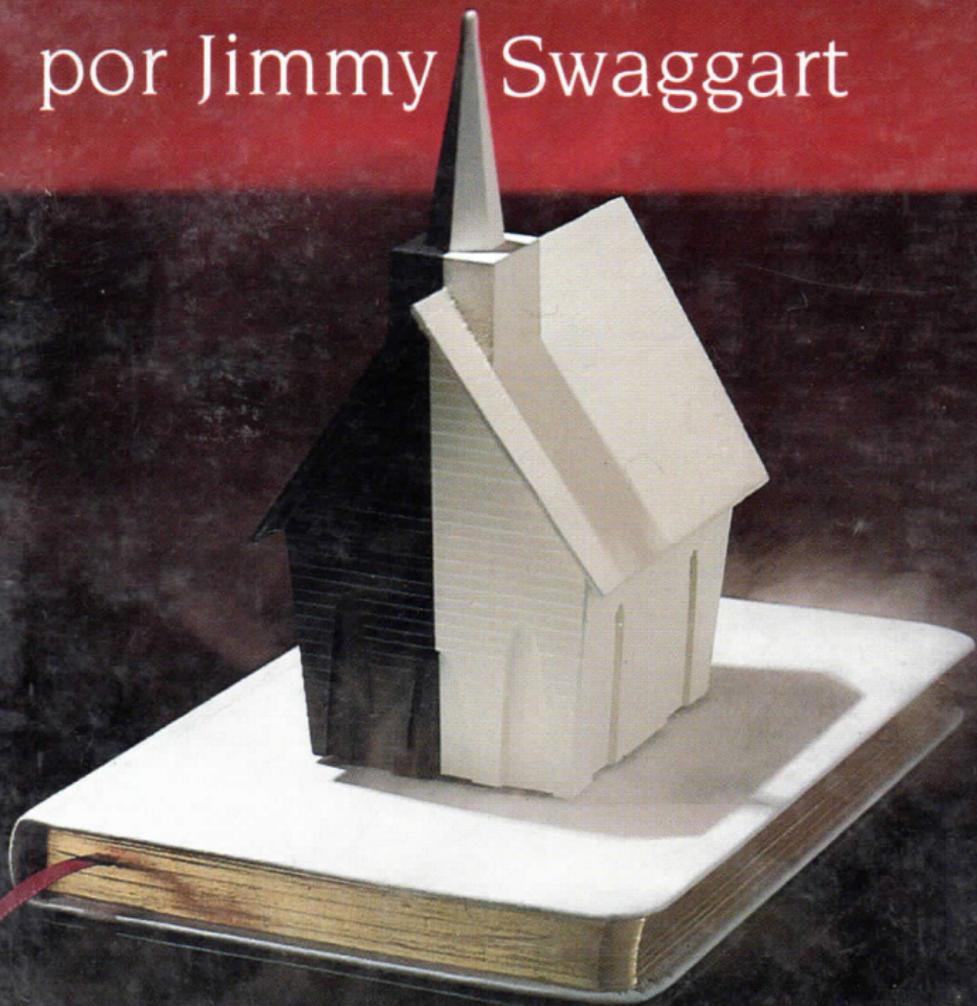


DOCTRINAS FALSAS

en la Iglesia de hoy

por Jimmy Swaggart



DOCTRINAS FALSAS

en la Iglesia de hoy

por
Jimmy
Swaggart



Javier García E.

Traducción al castellano: A. Carrodegua

Este libro se publicó originalmente en el idioma inglés con el título de FALSE DOCTRINES IN THE CHURCH TODAY, por Jimmy Swaggart.

© 1984 by Jimmy Swaggart Ministries

Edición en castellano,

© 1985 por el Ministerio de Jimmy Swaggart.

Todos los derechos reservados.

Impreso en los Estados Unidos de América.

DOCTRINAS FALSAS

en la Iglesia de hoy

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Agustín (Aurelio Agustín) ha sido llamado el padre de la teología bíblica. Vivió en el siglo cuarto y ha influido en el cristianismo como quizá pocos hombres más. Las doctrinas que comentaremos en este mensaje son todas un desarrollo de teorías de Agustín. Fueron ampliadas en el siglo XVI por Juan Calvino, quien posiblemente haya

tenido más influencia en el protestantismo básico que cualquier otro hombre, a excepción de Martín Lutero.

Fue Calvino quien formuló y refinó las teorías, interpretaciones y opiniones de Agustín hasta que tomaron la forma de la que hablaremos aquí. En otras palabras, Calvino fue el responsable de que estas doctrinas fueran puestas en el formato que hoy en día se enseña y predica a millones, un hecho que ha causado que un incontable número de personas se pierdan o tengan serios obstáculos en su caminar espiritual y su relación con Dios.

Todo el mundo cristiano ha sido afectado, de una u otra forma, por estas interpretaciones erróneas de la Palabra de Dios. Hay muy pocas iglesias que no se aferren al menos a *algunos* de los elementos contenidos en estas doctrinas, aunque *ninguna* denominación acepte *todas* las sutilezas de esta teoría entera. Veamos ahora estas falsas doctrinas.

1. LA DEPRAVACION TOTAL DEL HOMBRE

Creemos que la Palabra de Dios enseña que todos los hombres fueron nacidos al pecado, con

una excepción, la de Adán. Este nació en la *inocencia*. (Le ruego que observe que Adán no nació en *santidad*, sino en inocencia, que *es* diferente.) Porque Adán cayó de la inocencia, el pecado se convirtió en la herencia de todos los humanos. A partir de aquel momento, ningún hombre pudo salvarse a sí mismo, así que todos los hombres *tuvieron que ser salvados*. (Observe ahora que, aunque enseñamos que nadie nace salvo, sí enseñamos también que todos los niños nacen *protegidos* por Dios y disfrutan de la salvación y protección divinas hasta que alcanzan la edad en que llegan a ser responsables, cualquiera que ésta sea, puesto que el uso de razón difiere de un niño a otro por una serie de factores.) Sin embargo, nuestra creencia *básica* es que, a menos que la persona acepte al Señor Jesucristo, no puede ser salva. Sin esa salvación, por supuesto, no podrá hacer del cielo su hogar eterno.

Las doctrinas de Calvino contradicen esta creencia. Calvino propuso la doctrina de la depravación total, que enseña que el hombre es incapaz de iniciar movimiento alguno hacia Dios. Vamos a aclarar cualquier posible malentendido antes de seguir adelante. Calvino no enseña que el hombre sea incapaz de *salvarse* a sí mismo; todos estaría-

mos de acuerdo en esto, porque sólo la sangre de Jesús en la cruz es capaz de salvarnos. Lo que Calvino enseña es que el hombre, en sí mismo, no es capaz de instituir (ni siquiera desear) acción alguna que pudiera tener por consecuencia su salvación. En otras palabras, el hombre por sí mismo no puede ni tener el *deseo* de ser salvo. Sin la intervención de Dios, el hombre seguiría despreocupadamente por el camino que conduce al fuego eterno, sin pensar en la salvación, interesarse por ella, o siquiera *desearla*. La doctrina calvinista dice que el hombre no tiene alternativa. Dios es quien mantiene un control absoluto, y quien debe *inyectar* todo pensamiento de salvación en el hombre.

Ciertamente, el hombre que no es salvo *es* malvado, y de su corazón proceden malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios y blasfemias (Mateo 15:19). No obstante, a pesar de estos *cimientos* de maldad, sostenemos que hay en el corazón de *la mayoría* de los humanos un gran clamor por Dios. Quizá no lo comprendan, o no sepan cómo hacer para llegar a renovarse, pero al mismo tiempo nos parece que la mayoría de la gente *siente este anhelo*.

La razón por la que se halla presente, es que el hombre fue creado por Dios. En realidad, es un Dios-hombre, en el sentido de que está inseparablemente envuelto con Dios, y aunque separado de El (por el pecado), sentirá un vacío hasta que sea *reunido* a Dios. A través de milenios, la nostalgia del hombre por reunirse con Dios ha causado que intente diversos métodos para establecer un puente sobre el abismo que los separa. Vemos esto en la historia arqueológica, en los millones que han ofrecido todo tipo de sacrificios (sin contar los de la ley mosaica), en sus esfuerzos por comunicarse con Dios.

Si se tiene en cuenta esto, parece obvio que el hombre tiene la capacidad de buscar a Dios; y si tiene la posibilidad de escoger, parece obvio también que la doctrina de la depravación total del hombre tiene que estar errada.

Insistimos nuevamente en que el hombre es depravado y *es* un pecador perdido. El hombre morirá e irá al infierno, a menos que admita que está perdido y acepte a Jesucristo como su Salvador. Ahora bien, enseñar que el hombre es *incapaz* en sí mismo de iniciar movimiento alguno hacia Dios, es algo totalmente equivocado.

Esta es la razón por la que tenemos las doctri-

nas espurias respecto del pecado que se han multiplicado hoy en las iglesias. Como producto secundario de la doctrina de la depravación total, se enseña que el hombre *no puede hacer otra cosa que pecar*, y no estoy hablando del que no es salvo; me estoy refiriendo a quienes supuestamente son cristianos.

Por supuesto, sabemos que los no salvos *tienen* tendencia al pecado. Sin embargo, esta enseñanza de que “el hombre no puede evitar el pecar” ha sido extendida hasta incluir al hijo de Dios, y me parece que esto tiene una influencia paralizadora en la vida de mucha gente. Quiero mencionar aquí algunas falacias concretas acerca del pecado, que se han derivado de esta doctrina de la depravación total del hombre. Todas las declaraciones siguientes son *falsas*, aunque se enseñan hoy en muchas iglesias protestantes:

- Un hombre nacido de nuevo *no puede pecar*.
- Si un cristiano peca, sus pecados no son *verdaderos* pecados.
- Dios perdona el pecado *automáticamente* en el momento en que el cristiano lo comete, aunque el cristiano no pida perdón.
- Dios *no ve* los pecados del cristiano.
- En realidad, los pecados que pueda cometer

el cristiano no le son tenidos en cuenta.

- No sólo son perdonados los pecados *pasados*, sino que también los presentes y hasta los *futuros* son perdonados de forma automática.

Todas estas afirmaciones son erróneas; son totalmente falsas. La Palabra de Dios presenta abundantes casos de personas nacidas de nuevo que pecaron, y nosotros sabemos que Dios mira los pecados de un cristiano, así como mira los de cualquier otra persona.

Nos parece claro que Dios no perdona los pecados de forma automática. La persona tiene que pedir primero el perdón de ese pecado (1 Juan 1:9). También sabemos que Dios ve nuestros pecados cuando los cometemos. La única forma de que El no los vea, es que pidamos perdón, y de esta forma le permitamos cubrirlos con la sangre de Jesús.

Sin duda alguna, al cristiano se le responsabiliza por sus pecados tal como a cualquier otra persona. Que un cristiano crea que todos sus pecados son perdonados automáticamente —haga él lo que haga, y sin que pida perdón— es un error trágico que tendrá serias consecuencias.

Todas estas doctrinas erróneas (que se enseñan en miles de iglesias) emanan de las enseñanzas de

Agustín y fueron ampliadas más tarde por Juan Calvino. Creo que Calvino ha causado que incontables millones de almas se pierdan (o al menos se aparten de lo que deben hacer para Dios). Veamos ahora la segunda doctrina errónea.

2. LA ELECCION INCONDICIONAL

Juan Calvino afirma: “El conocimiento previo de Dios se basa en la predestinación, y la voluntad de Dios es la causa de todo mal moral.” Este es uno de los pronunciamientos más sorprendentes que haya hecho jamás un hombre que afirma conocer la Palabra de Dios. Sin embargo, es más curioso aún que más adelante Calvino acepte la impecabilidad y la pureza de Dios. Es difícil comprender *cómo* alguien puede considerar perfecto a Dios, al mismo tiempo que le adjudica la responsabilidad por todo el mal del mundo. No obstante, Calvino logró hacerlo, y al parecer esto no ofrece problema alguno a los que aceptan sus doctrinas.

Por consiguientes, si alguien enseña el principio de la depravación total del hombre, también debe enseñar el de la elección incondicional. Esto significa en primer lugar que Dios destina arbitrariamente a ciertas personas al cielo o al infierno.

(Esto se llama también predestinación o hipercalvinismo en algunos círculos.) Según las doctrinas calvinistas, estos destinos fueron fijados antes de que el mundo fuera creado siquiera. En otras palabras, que Dios miró, y por medio de su conocimiento previo de predestinación, vio a todos los humanos que vivirían en todos los tiempos, y en aquel momento les fijó su destino eterno, sin tener en cuenta la voluntad, la actuación o la actitud espiritual de ninguno.

En otras palabras, esta enseñanza afirma que, antes de nacer, ya usted estaba irreversiblemente *destinado* a terminar en el cielo o en el infierno. Nada que usted hiciera durante toda su vida podría tener consecuencia alguna sobre su destino final. Es como si naciera con una etiqueta de destino atada a un dedo del pie, y en esa etiqueta dijera con grandes letras negras: “cielo” o “infierno”. No se me ocurre que haya una teoría más perversa, desalentadora y *morbosa* que se pueda colgar del cuello de la humanidad. Esta teoría deja sin efecto alguno a casi toda la Palabra de Dios. Es una burla al texto bíblico que citamos al principio de este mensaje: Juan 3:16. ¿Dónde podemos ver el amor de Dios, si esto es cierto?

Además, destruye de inmediato todo el evan-

gelismo, la construcción de iglesias y de escuelas bíblicas, los viajes de los predicadores a todo el mundo, y la labor de los misioneros en los rincones más escondidos de la tierra para contar la historia de Jesucristo. ¿Por qué iba a dar Jesús la Gran Comisión (Marcos 16:15)? Según esta doctrina, todo sería una hipocresía y una farsa. ¿Por qué tiene la gente que trabajar, esforzarse, contribuir, construir iglesias y predicar el Evangelio, si el destino de cada persona ya ha sido decidido? No hay razón para que el predicador —si es cierta esta doctrina— se ponga detrás de un púlpito a llorar para que los pecadores se acerquen a Jesucristo. Si la doctrina de la elección incondicional es espiritual y bíblicamente correcta, ¿en realidad los predicadores estarían trabajando contra la voluntad de Dios!

Gracias a Dios, *no es* espiritual y bíblicamente correcta. Dios *no* miró a lo largo de los siglos para escoger a ciertas personas para el cielo, y a ciertas otras para el infierno. He aquí lo que dice la Palabra de Dios al respecto. “*El cual [Dios] quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad*” (1 Timoteo 2:4).

Me parece que está bastante claro. No debería ser difícil “interpretar” este texto bíblico. Dice

“todos los hombres”, y no sólo *unos pocos*, ni *algunos*, ni solamente los que El eligió incondicionalmente antes de la fundación de la tierra. El Evangelio es para todos los hombres de todo color, raza y lugar.

También en 2 Pedro 3:9 leemos: “*El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.*” Aquí lo dice muy llanamente: No quiere que perezca *una sola alma*. Lo que quiere es que *todos los hombres* procedan al arrepentimiento. Este texto bíblico bastaría para poner en su persepectiva debida a la doctrina de la elección incondicional. Es espuria y contradice por completo a la Palabra misma de Dios.

Por supuesto, la razón por la que surgió la idea de la elección incondicional (predestinación o hipercalvinismo), es debido a la enseñanza acerca de la depravación total del hombre. Si el hombre *es* totalmente depravado, y no tiene capacidad ninguna de iniciar un movimiento que lo acerque a Dios, no habrá medio alguno de que llegue a El. No tendrá forma alguna de acercarse a Dios, o de expresar deseo alguno de ser salvo.

Es decir, que si se comienza con un error básico de lógica, es entonces necesario idear *otros* errores para llenar los vacíos creados por el primero. Esto es lo que tenemos aquí. Se comienza con el error básico de que Dios disfruta con la pudrición, el pecado y la depravación lo suficiente como para crearlos; entonces, hay que idear *otros* errores y falsas doctrinas para empapelar las grietas y fisuras dejadas por este error *básico*. De esto hemos estado hablando al comentar la doctrina de la elección incondicional, ¡y aún no hemos terminado! Dos errores no son mejores que uno. Simplemente, dejan *más* espacios vacíos, lo cual crea la necesidad de *más* doctrinas con el fin de apuntalar *más* grietas todavía en el dique.

Si partimos de la doctrina de la depravación total —según la cual el hombre no tiene posibilidad moral de elegir respecto de ser salvo o no— entonces tenemos que seguir a la doctrina de la elección incondicional, que afirma que algunas personas están irreversiblemente destinadas al cielo (o al infierno). Al aceptar esto, entonces tenemos que hacer algo respecto del sacrificio universal de Jesús en el Calvario. Si seguimos lo que dice la Palabra de Dios, debemos dar por supuesto que Jesús murió por *todos los hombres*,

que su expiación nos incluye a todos, y que es para todos los que decidan aceptarla.

Por supuesto, esto contradice la doctrina de la elección incondicional. Si hay un método mediante el cual *alguien* puede ser salvo del pecado, quedan repudiadas las dos doctrinas anteriores. Por tanto, es necesario construir una doctrina *adicional* que refuerce las dos primeras: la doctrina de la expiación *limitada* de Jesucristo.

3. LA EXPIACION LIMITADA DE JESUCRISTO

Esta doctrina afirma que cuando Jesús colgó de la cruel cruz, donde sangró, sufrió y murió, no estaba actuando como el sacrificio perfecto por todo el mundo. Sólo lo hacía por los pocos que Dios ya había elegido incondicionalmente para salvarlos. En otras palabras, ¡sólo unos pocos escogidos pudieron ser salvos por la sangre de Jesús!

Por supuesto, en realidad no es éste el verdadero problema. El Evangelio de Jesucristo *es* para todo el mundo. La muerte de Jesús en la cruz del Calvario *fue* para toda la humanidad. Unas palabras que son casi las últimas en las Escrituras

canónicas (Apocalipsis 22:17) nos dicen: *“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.”*

Sólo basta este pasaje (y hay demasiados pasajes más para pretender aun hacer una lista de ellos) para repudiar por completo la doctrina de la expiación total de Jesucristo. Sin embargo, a pesar de esto Satanás ha tenido gran éxito en su labor de obstaculizar la venida de las almas a Jesús, por medio del uso de estos conceptos espurios. Lamentablemente, las cosas no quedan aquí.

Como mencionamos, los errores tienden a complicarse. Si comenzamos con la depravación total del hombre, seguimos con la elección incondicional y después pasamos a la expiación limitada de Jesucristo, tendremos entonces que dar otro paso gigante en esta continua trampa para ingenuos.

4. LA GRACIA IRRESISTIBLE

Como los ladrillos de una pared, todos estos diversos intentos por pervertir las Escrituras se combinan y se apoyan mutuamente, hasta formar un todo. Admitimos que es un todo en un equili-

brio muy *precario* cuando se ve a la luz de las Escrituras, pero para aquellos que son débiles en conocimientos bíblicos, *parece* suficientemente sólido.

“Gracia irresistible” significa que, cuando Dios llama a un hombre, ese hombre *no puede* hacer otra cosa más que aceptar. En otras palabras, el libre albedrío del hombre queda totalmente abolido. ¿Qué les sucede a los que *no* aceptan? Muy simple: esto se debe a que nunca fueron llamados. Si usted se halla entre aquellos que fueron escogidos previamente y llamados, usted va a aceptar, y si *no* acepta, es porque nunca fue llamado.

Es obvio que esto repudia el concepto del libre albedrío, o libertad de la voluntad. Por supuesto, nosotros enseñamos y creemos que Dios nunca ha violado la libertad moral del hombre. Enseñamos que el hombre tiene poder para escoger (Apocalipsis 22:17, Juan 3:16, Romanos 2:11). Esta doctrina de la gracia irresistible hace en realidad al hombre nada más que una tarjeta perforada en un programa de computadora. No tiene decisión alguna que tomar en todo el asunto; de aquí que se utilice la expresión “gracia irresistible”. Obviamente, hablar de gracia irresistible es hablar de

una gracia a la que no podemos resistirnos.

Al estudiar esto, creo que usted podrá ver cómo estas espurias mentiras están unidas entre sí. La depravación total del hombre lleva a la elección incondicional. La elección incondicional desemboca en la expiación limitada de Jesucristo. A continuación, y debido a los problemas inherentes a las otras doctrinas, *debemos* tener la gracia irresistible. De esta forma, el hombre queda en una posición en la que no es más que una pieza en espera de la mano maestra del jugador de ajedrez. Se halla a la merced de unas fuerzas sobre las cuales no tiene control alguno.

Lo que él quiera o no quiera, no cambia las cosas en absoluto. No importa lo mucho que pueda desear acercarse a Dios. Si es elegido, terminará por aceptar a Dios, y si no es elegido, pase lo que pase, *no* aceptará a Dios.

Naturalmente, esto es una mentira. El hombre no es una pieza de ajedrez. No es un programa planificado previamente para una computadora espiritual. El hombre es la creación más grandiosa de Dios, y tiene el poder de ejercer su libre albedrío. Puede amar a Dios u odiarlo. Tiene el poder de elegir en todas las cosas.

Creemos que se enseña esto desde el principio

de la Biblia hasta el final. Por tanto, nos parece claro que esta doctrina de la gracia irresistible es falsa. En realidad, *la gracia ya no sería gracia si fuera irresistible*. La palabra gracia quiere decir “favor inmerecido”, o bendición no ganada. El hombre no la merece, pero Dios se la da puramente por misericordia y amor. No obstante, tan pronto se interponga *fuerza*, lo que anteriormente parecía deseable, deja de serlo. En otras palabras, deja de ser un favor para convertirse en una esclavitud.

A medida que recorremos esta larga serie de errores entrelazados y contruidos sobre los cimientos de una falsa interpretación de la Palabra de Dios, podemos ver el rastro de la serpiente, en su intento por aprisionar al hombre en doctrinas que lo hagan perder la esperanza. Si el hombre cree que está *destinado* al cielo, entonces puede pecar cuanto quiera *ahora*, porque *al final*, Dios tendrá que aceptarlo. Si cree que no podrá llegar hasta Dios haga lo que haga, se dará por vencido, y ni siquiera *luchará* por hallar la salvación. Es decir, que cualquiera de los dos lados de la moneda que la persona escoja en esta especie de “juego de ruleta” doctrinal, el único que se puede predecir que saldrá ganando, es Satanás.

¡Qué posición más desalentadora! De pronto, la Roca que sirve de fundamento a toda la fe cristiana se transforma en arena movediza. ¿Cómo puede saber la persona en qué grupo se halla? ¿Ha sido predestinada a la salvación, o al fuego del infierno? Si el sacrificio de Jesús no es para todo “*el que quiera*”, ¿entonces cómo puede *usted* suponer que va a hallar su salvación en él? Y si usted *no está* en el grupo de los elegidos, ¿tiene algún sentido intentar algo?

La falacia básica de estas doctrinas es que quitan la sólida certeza de la Palabra de Dios para reemplazarla con un gran canasto de “sis”, “ys” y “peros”. De repente, en lugar de *saber* dónde está parado, usted se ve lanzado a un rompecabezas de incertidumbres. Un navegante no es navegante si tiene rota su brújula, y un piloto no es piloto cuando su guía electrónica deja de funcionar. El cristiano no puede apoyarse en una fe sólida cuando unas doctrinas ideadas en el plano natural reemplazan a la Palabra de Dios llana y sencilla. “*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.*” Es afirmación. No se necesita explicar o interpretar nada. No habla de preordenación o de selección previa: “*TODOS los que estáis trabajados. . .*”

Si aquí se sugiere en alguna forma una selectividad o una exclusión, entonces yo debo tener algún problema en mi forma de leer. Me parece que Jesús no excluye a *nadie*.

5. LA PERSEVERANCIA DE LOS SANTOS (LA SEGURIDAD ETERNA INCONDICIONAL)

Me doy cuenta de que hay muchas iglesias que no enseñan las cuatro doctrinas anteriores, pero en cambio apoyan fuertemente lo que mencionamos aquí como “la perseverancia de los santos”. En otras palabras, la doctrina de la seguridad eterna incondicional afirma que si usted ha sido incondicionalmente escogido, no podrá caer, sean cuales fueren las circunstancias.

Lo extraño es que muchas iglesias niegan las cuatro doctrinas precedentes, y sin embargo aceptan la piedra clave que completa el arco de la teología de Calvino. Personalmente, siempre he sostenido que si se acepta la doctrina de la perseverancia de los santos, entonces (si se es sincero), se deben aceptar también las de la total depravación del hombre, la elección incondicional, la expiación limitada de Jesucristo y la gracia irresis-

tible. Evidentemente, esta última doctrina errónea (que ha causado que incontables millones de personas vayan al infierno al morir), está irrevocablemente unida con las anteriores.

Fundamentalmente, he aquí lo que enseña esta doctrina de la perseverancia de los santos:

- Si una persona ha sido incondicionalmente escogida, nunca podrá caer.

- Por consiguiente, nada que haga podrá hacer que se pierda.

- Porque fue escogida pudo entrar, y porque es escogida se *mantendrá* dentro.

Todo intento por divorciar la perseverancia de los santos de la gracia irresistible, la expiación limitada, la elección incondicional y la depravación total del hombre, es inútil. Si usted cree aunque sea *una* de ellas, tendrá que creerlas *todas*. He aquí por qué: Para comenzar, debemos hacernos una pregunta. ¿Pierde una persona su libre albedrío, sólo porque llega a ser salva? En otras palabras, cuando una persona es salva por aceptar a Jesucristo como Salvador y Señor de su vida, ¿pierde entonces su libertad para tomar decisiones? Por supuesto, la pregunta es ridícula.

No: la persona no pierde su libre albedrío, o su libertad para decidir, cuando es salva. En todo

caso, la salvación lo que hace es *aumentar* la libertad de la persona y su estado de libre agente moral. Retiene la capacidad y el poder para decir “sí” o “no” a Dios, o a cualquier otro. El solo hecho de que alguien se convierta en cristiano no estorba en forma alguna a su libertad para tomar decisiones. Usamos nuestra propia voluntad personal para entrar, y si así lo deseamos, podemos usar nuestra misma voluntad para *salir*.

Cuando fueron creados Adán y Eva, fueron creados con el poder de escoger al que nos referimos como “libre agencia moral”. No fueron creados como robots o zombies, simples *decoraciones* del paraíso. Dios no controlaba de manera alguna su capacidad para escoger su propio curso de acción. Si lo *hubiera* hecho, las cosas nunca habrían terminado como terminaron. Por supuesto, Dios los pudo *crear* como autómatas, pero de haberlo hecho, la posición del hombre no habría tenido la prominencia que tiene hoy.

Para que el hombre fuera la criatura altamente inteligente que es (a pesar de la caída), tenía que haber sido creado tal como Dios decidió hacerlo desde el principio: como un libre agente moral. Adán y Eva podían haber decidido obedecer a Dios (y evitar el comer del árbol de la ciencia del

bien y del mal). Sin embargo, es triste, pero decidieron *desobedecer* a Dios. El hombre tiene hoy esa misma libertad para escoger. El que decide aceptar a Cristo como Salvador, lo hace porque *quiere* hacerlo, y no porque fue escogido (forzado) incondicionalmente a hacerlo.

Por tanto, si usted decide creer en la seguridad eterna incondicional (la perseverancia de los santos), también tendrá que creer en *todas* las doctrinas espurias relacionadas con ella, porque están *completamente* entrelazadas. Notará cómo Satanás ha tejido su telaraña de engaño pieza por pieza, y todo para destruir a incontables millones. Lamentablemente, ha tenido un gran éxito.

Hoy hay millones de cristianos a quienes se les ha enseñado que, hagan lo que hagan, por pecadores o perversos que se vuelvan, no se podrán condenar, porque fueron escogidos para entrar, y por ser escogidos permanecerán dentro. No pueden hacer nada tan malvado o perverso, que cause su perdición.

¡Esto es un error craso! Como consecuencia de este error, hay millones de personas que quizá un día fueron salvas, pero le han vuelto las espaldas a Dios para sumergirse de nuevo en el pecado. No hacen esfuerzo alguno por vivir para Dios. El

no tiene lugar en su corazón, vida o pensamiento. Su conversación y su amor son la conversación y el amor de este mundo. Sus actitudes y obras son las de las almas perdidas. En alguna ocasión, un predicador les dijo que si habían sido salvos una vez, no podían perder su salvación. Aunque quizá pudieran perder su amistad con Dios (porque El no podría aprobar sus pecaminosas relaciones), no podrían perder su condición de hijos. *Siempre* serían salvos, por profundo que se hundieran en el futuro. Son millones los que se encuentran hoy en esta precaria posición, y apoyan su esperanza en un falso sueño.

Por último, hay millones en el infierno en estos momentos, sufriendo la muerte eterna de los condenados, lo cual significa la separación eterna de Dios. Saben *ahora* que nunca tendrán otra oportunidad de aceptar a Jesucristo como Salvador, y todo porque creyeron la perniciosa doctrina de la perseverancia de los santos. Esa doctrina es falaz, antibíblica e impía. Si alguien la acepta, deberá aceptar también todas las demás enseñanzas de Juan Calvino que hemos descrito.

PARA TERMINAR

Si alguien me preguntara si creo en la deprava-

ción del hombre, tendría que decir que sí; pero no como Calvino creyó en ella. Muchas iglesias e instituciones religiosas enseñan hoy que el hombre es depravado. Es cierto: la humanidad es malvada; no hay forma de que el hombre se pueda salvar a sí mismo. Sin embargo, en el corazón de casi todos los hombres hay un profundo anhelo latente por acercarse a Dios y entrar en contacto con El.

Por supuesto, debemos evitar los absolutos. No hay duda alguna de que hay individuos quienes no manifiestan anhelo alguno por Dios. Sin embargo, sospecho que aun los que *parecen* ser totalmente réprobos sienten de alguna forma su separación de Dios. Deben saber que no tienen manera alguna de salvarse a sí mismos. Ellos también fueron hechos a imagen de Dios, y seguramente necesitan clamar por esa plenitud que sólo puede realizarse *en* Dios.

Por eso, si enseñamos y creemos que el hombre es capaz de iniciar un movimiento hacia Dios, también debemos creer que esa capacidad le fue puesta *por* Dios. Aunque el hombre haya caído, y se haya buscado la pena de muerte, sigue demostrando repetidamente su capacidad para buscar a Dios, y su necesidad de hacerlo.

Cuando se aceptan la elección incondicional y la teoría de que la voluntad de Dios es la causa de todo el mal moral, se está poniendo a Dios en la posición de ser malo El mismo. No se puede decir, como hizo Calvino, que Dios no tiene culpa alguna, y al mismo tiempo calificarlo de autor de todos los males. Simplemente, estas dos posiciones no se pueden conciliar entre sí.

Si una persona acepta la engañosa premisa del *caprichoso* juicio de Dios, ¿cómo se podrá motivar a sí misma a buscar la salvación? Sería algo fuera de su control. Y si no es responsable respecto de su salvación, ¿por qué no disfrutar de todos los placeres *mundanos* de la vida durante su jornada? He aquí donde se halla el camino al infierno.

Pensemos en el terrible precio que Jesús pagó en la cruz. Pensemos en todo lo que Dios hizo para llevar al hombre a su *Hijo Unigénito*. Creer que El quiso colgar de aquella sangrienta cruz sólo por una minoría selecta es algo blasfemo. Este acto de amor total *tuvo* que ser por todos. . . o por ninguno de nosotros. Si se estaba excluyendo aunque fuera una sola persona, entonces todo el concepto de salvación y redención se vuelve una farsa. Citaré una vez más lo que le escribió Pablo a

Timoteo: “*El cual quiere que **TODOS** los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad*” (1 Timoteo 2:4).

Cuando dejamos la doctrina de la expiación limitada para pasar a la de la gracia irresistible, el nudo se estrecha mucho más. Como ya vimos, Dios instituyó al principio mismo la agencia moral libre. Nunca la ha revocado, y nunca lo hará. El movería cielo y tierra antes que violar el libre albedrío del hombre. Dios nunca jugará con la libertad que tiene la voluntad humana. Si lo hiciera, el hombre podría señalarlo eternamente con el dedo, y decir que no tuvo alternativa alguna.

Finalmente, diré esto: si alguien me preguntara si creo en la perseverancia de los santos, le respondería que sí, pero también le diría que lo creo de manera limitada. Los santos *perseveran* si confían en Jesucristo y creen en Dios. Si deciden no hacer estas cosas, su perseverancia terminará abruptamente. Nosotros creemos y enseñamos que todas las promesas de Dios son condicionales. En los tratos de Dios con la humanidad no hay nada incondicional.

Satanás ha tenido éxito en su empeño por persuadir a la humanidad de que se debe absolver a sí misma de toda responsabilidad. El hombre

pecador querría poner la realidad de su pecado (y de la consiguiente caída de la gracia) sobre los hombros de Dios. Suspira por culpar a Dios por su presente estado de depravación, a fin de colocarse a sí mismo en una posición de impecabilidad. Si cae o si es salvo, su caída o salvación se deben totalmente a Dios; él no tiene nada que ver con ellas. Por supuesto, esto es todo falso. Millones de personas han muerto y han ido al infierno porque han creído esto, todo o en parte. *Hoy*, son millones los que lo creen totalmente o en parte, y se hallan en peligro de pasar la eternidad en el infierno.

Lo *real* es que el hombre puede ser salvo si desea ser salvo, o se puede perder si *quiere* perderse. Todo depende de él. El mensaje proclamado por el Evangelio es para todos los hombres. Esa es la razón de que vayamos por todo el mundo para contar la historia de Jesucristo y el gran mensaje evangélico de misericordia y redención. Toda persona que oiga y acepte el Evangelio será salva. Los que lo rechacen se perderán.

Dios ha hecho ya cuanto el cielo podía hacer por la salvación de la humanidad. No ha dejado nada sin hacer. Cuando Jesús dijo desde la cruz: "*Consumado es*", era eso exactamente lo que quería decir. No había nada más que hacer. El plan

de salvación había terminado para toda la eternidad. Ya no era un asunto de Dios, sino una responsabilidad del hombre.

Nada lo podría decir con mayor belleza, más maravillosa y delicadamente, que las palabras recibidas por Juan en la isla de Patmos hace ya casi dos mil años. Es la clarinada del universo; es el grito de Dios al hombre. Nadie queda excluido; todos están invitados.

“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17).

Nadie lo pudo decir mejor. Todo depende de usted. Si quiere, *puede* ser salvo. No permita que unas doctrinas erradas le digan que no puede. No deje que el diablo lo convenza de que no puede, o le diga que quedó excluido hace miles de años.

Sencillamente, crea en la Palabra de Dios y en la sangre que brotó de las heridas de Jesús en el Calvario. Aquella sangre brotó para usted y para mí. Las palabras de Dios aún siguen resonando a lo largo de los tiempos: ***“EL QUE QUIERA.”***

60-071
SPANISH